

**La Real Academia de Medicina y  
Cirugía de Sevilla: Un futuro  
obligado y que obliga.**

José Antonio Durán Quintana

Académico Numerario

Sevilla, 28 de mayo de 2.009

Cuando nos interesa algo o alguien, nuestra locuacidad tiende a desbordarse. Por eso dice el viejo proverbio: *De la abundancia del corazón habla la boca*. Ahí tienen, como fognazo inicial, la razón de ocupar la tribuna: porque amo a esta Academia.

Consecuente con esa razón, en las Navidades pasadas sugerí a nuestro Presidente intervenir en el próximo Día de la Academia; le aduje tener medio enjaretadas unas reflexiones sobre esta Casa, que deseaba compartir con el resto de compañeros académicos. Quiero manifestarle gratitud por posibilitar mi participación en este acto.

He dividido esta disertación en bloques, que intentaré identificar con un cambio en la entonación.

### **Génesis que sirve de justificación**

Cada ser humano tiene en el morral de su alma ciertas manías; ya saben, esas fisuras en la personalidad por las que se escapan retazos de nuestro yo más íntimo. Quien les habla también las tiene ¡faltaría más! Pero no teman, que no es mi persona el eje de la intervención. Más que nada porque conviene tener siempre presente esa regla de convivencia social que dice: *Habla nada de ti, poco de los demás y mucho de las cosas*.

No obstante, debo referir -siquiera de refilón- una manía personal que justifica la elección del tema: mi preocupación por el futuro; especialmente me conturba obturar el de las personas o cosas que me son queridas. Quiero decir que reflexionar en voz alta ante ustedes sobre el

futuro de esta Institución no es producto de súbita inspiración, ni un capricho pasajero. En ese sentido recuerdo el zamarreón emocional que me produjo hace muchos años la opinión de Marías, en la que encontré magistralmente expresados mis sentimientos sobre ese particular. Él, decía: *Hay que tener fidelidad al futuro.*

Llegado a este punto, el miedo se desliza sigiloso en el ánimo del conferenciante; tanto, que tuvo un ataque agudo de agrafia cuando escribió y puede tenerlo de afasia en este momento. Miedo por no acertar en el empeño, por querer abarcar por encima de mis posibilidades, pero también por caer en lo que denunció Ortega: *Hubiese sido, pues, excelente ocasión para practicar la obra de caridad más propia de nuestro tiempo: no escribir discursos superfluos* (él se refería a libros, pero me he permitido la licencia del trueque de libros por discurso). Pues, eso, miedo.

Tras dar cuenta y razón del porqué hablar del futuro, superado el fielato del miedo, debo acto seguido justificar el hacerlo específicamente sobre el de esta Institución. Aunque algo adelanté al comienzo, encuentro un báculo oportuno en las palabras de Cánovas, el gran político de la Restauración, quien mantenía: *Con la Patria se está con razón o sin razón, como se está con el padre o con la madre.* Si se cambia Patria por Academia de Medicina de Sevilla la justificación de la que hablaba se hace patente.

Esa fidelidad académica cuasi filial me permite actuar como lo haría un buen hijo con sus padres cuando constata que estos se equivocan de juicio o de comportamiento, es decir, corregirlos amorosamente y hacerlo con el respeto debido. Que ni al pelo viene aquí el verso quevedesco:

*«¿No ha de haber un espíritu valiente?*

*¿Siempre se ha de sentir lo que se dice?*

*¿Nunca se ha de decir lo que se siente?»*

Huelga aclarar, para ponerse al abrigo de malpensantes y peor intencionados, que estas líneas no buscan crítica alguna. Su propósito es aflorar y hacer público el veneno de inquietudes sobre el porvenir que emerge desde la conciencia de la mayoría de académicos. Se trata, sin más, de repensar con criterios actuales el papel futuro de esta Real Academia. Algo fácil en teoría, pero enrevesadamente difícil de llevar a cabo. Especialmente, porque ello exige extraerla del complejo de circunstancias en que históricamente está entretejida (y 309 años dan para muchas puntadas).

Pero no resultaría inteligible abordar aisladamente el futuro. La Academia no es una persona, pero posee su propia biografía. Ello obliga, sin posibilidad de soslayarlo, a asumir la integridad de su pasado y asentarse con firmeza en el presente para poder proyectarse al futuro. De ahí la inevitabilidad de la presencia ensamblada en el discurso de estas 3 etapas de la Academia.

### **Mirando hacia atrás sin ira**

Al contrario de lo que proclama uno de los más celebrados dramas de Osborne, cuando los académicos echan la vista hacia su pasado lo hacen sin ira. Da igual que la mirada sea panorámica sobre la totalidad de los años transcurridos o que se fije en un período concreto de tiempo.

Los académicos asumen ese ayer en su conjunto, sintiendo como propias sus luces y sus sombras. Íntegramente, es decir, en toda su extensión y con todo su calado, pues como dice la copla popular *el conocimiento la pasión no quita*. Esa absorción del pasado, glorioso en ocasiones, deslustrado en otras, les permite no envanecerse cuando las cosas marchan bien ni desesperarse cuando pintan bastos.

Por otro lado, desdeñar el pasado es un lujo que la Academia no puede permitirse si no quiere quedarse anclada en él. Como aseguraba D'Ors, *los pueblos que desconocen su historia se ven obligados a repetirla*. En la misma línea, al analizar Burke la Revolución francesa (que vivió en primera persona), opinaba: *Olvidar la historia es abrir la puerta al disparate*.

Además, conviene recordar que conocer y hacer suyo el pasado académico tiene un doble significado: el historiográfico propio, que estudian los historiadores, y el valor añadido de poder adoptar con fundamento histórico determinadas posiciones en el presente y ante el porvenir.

Se me antoja que el pretérito académico puede compararse con la carrera que toman los gimnastas antes de encarar el aparato sobre el que se lanzan para efectuar su ejercicio. No es el ejercicio en sí, pero sin la veloz carrera previa serían incapaces de llevarlo a cabo, carecerían del impulso suficiente. Bien lo entendió Ortega, quien defendía: *El pasado hay que sentirlo bien bajo nuestras plantas, porque nos hemos subido sobre él.*

### **Presente en crisálida**

¿Cómo es el hoy de la Academia? ¿Qué percepción tienen los actuales académicos sobre su papel en el mundo en que se desenvuelven? ¿Cuál es la opinión de la sociedad contemporánea sobre ambos?

Temo que ninguna de las respuestas sea alentadora y todas coincidentes en el diagnóstico: la Academia se asemeja actualmente a una pieza desencajada de su molde. Lo malo es que cuando algo está desencajado lo está en su totalidad. Por escasos que sean los milímetros que impiden el acoplamiento en el hueco que le corresponde, aquél no se producirá; desgraciadamente no hay encajes parciales.

Quienes juzgan con dureza a la Academia olvidan, perdón por subrayar la evidencia, que los académicos son profesionalmente médicos. ¿Y no está también desencajado el papel del médico en esta sociedad?

Si alguien lo duda que lea el artículo de Gual y Oriol-Bosch publicado en el 2.007 en la revista Medicina Clínica con el título *¿Qué significa ser médico hoy?* En uno de sus párrafos se afirma: *Durante el*

*período 1.980-2.000, en los hospitales públicos españoles el número de médicos ha crecido únicamente un 2,4%, mientras que el del personal directivo en un 138,1%.*

Se tiene la impresión ante tal realidad de estar asistiendo al crecimiento de una criatura desproporcionada, con una enorme cabeza hidrocefálica y un cuerpo esmirriado, enclenque, incapaz de sostener aquella. A la vista de la imagen, la interrogación salta imparable ¿Y si están desbarrando los gestores sanitarios, sea cual sea su ideología política?

Otro olvido flagrante al enjuiciar rigurosamente la Academia es el de los talentos. El plural no hace referencia a la calidad intelectual del conjunto de los académicos, no van por ahí los tiros. Se trata de los talentos de la parábola evangélica; hablando en plata, y nunca mejor ocasión, del dinero que aquellos disponen para desarrollar sus actividades. A los fiscalizadores implacables del papel de la Academia actual, cabe preguntarles ¿Se puede exigir la devolución de 10 talentos a quien no ha recibido más que 2?.

El sostenimiento económico presente y futuro de la Academia, de forma adecuada y estable, es un asunto controvertido incluso entre los propios académicos. La controversia deriva de la forma de obtención y consolidación de los fondos necesarios. Nadie tiene una solución mágica, pero humildemente declaro que ninguna de las posibles será viable si quien

la propone no tiene en cuenta lo que Unamuno llamaba la *intrahistoria* (de las personas o de las instituciones, como en este caso).

En realidad, la intrahistoria es la historia por lo menudo, la de los pequeños comentarios en la convivencia frecuente (muchas veces cotidiana) entre los académicos, la de la fineza de trato entre ellos, la del saber estar, en suma, la que *hace* Academia. Quien se olvide de ella no entiende esta Institución y tiene muchas posibilidades de equivocarse en sus propuestas, por bienintencionadas que sean y útiles que parezcan. Por mi parte, cumplido el conocimiento de la intrahistoria académica (al menos eso creo), considero que *a priori* no se debe descartar ninguna vía ni cerrar posibles puertas de financiación; insisto, ninguna.

Algo de la importancia del asunto monetario sabía Alfonso X, rey de Castilla y de León, a quien la Historia apoda Sabio con sobrados argumentos. ¡Cómo no iba a serlo, si una de sus poesías dice así!:

*Los dineros son de amar,  
pues sin ellos muchas cosas  
legítimas e piadosas  
non se pueden alcanzar.*

La repercusión de saberse poco comprendidos, como si no hubieran hecho y no sigan haciendo cosas valiosas, intranquiliza a los académicos y tiene su ánimo alicaído. Incluso alguno, abrumado por la torpeza de no cumplir las expectativas de la sociedad, habrá recordado las devastadoras

palabras de Horacio en una de sus Odas: *Nuestros padres, peores que nuestros abuelos, nos engendraron a nosotros más depravados, y nosotros daremos una progenie todavía más incapaz.*

¡Caramba, caramba, pues sí que se ha ido depreciando la Academia con el paso de los años! Mas, una lucecita irónica asoma en lo profundo de sus ojos cuando se hace la siguiente reflexión: *Si me creen una señorita añosa, que se embadurna la cara de afeites para disimular sus imperfecciones ¿porqué tantos me rondan como a una mocita pimpante?* Pero esto que acabo de leer, más que una licencia literaria es una tontería del escritor. ¡Si todos sabemos que las instituciones no tienen la facultad de reflexionar! ¿O sí?

Pero no cabe engañarse, la impresión generalizada es que la Academia actual es aplastada y queda sepulta bajo una doble losa. Por un lado, la incompreensión exterior que socava su entereza y afloja su ánimo. De otra parte, la sobrecarga de su densidad histórica que la obliga a no defraudar las expectativas puestas en ella.

Ahora está de moda hablar de la revitalización de las Academias, el conocido *aggiornamento* de los italianos; también de las de Medicina, claro está. Parece un lugar común señalar que viven de espaldas a la sociedad. Se postula la necesidad que tienen de permeabilizarse al entorno ¡Como si los académicos quisieran esconder el candelero bajo el celemín! Hacerse *visibles* es la fórmula mágica recomendada, que debería estar

grabada a fuego en el alma de los académicos y brotar espontáneamente en cuantas ocasiones actúen como tales.

Una actitud parecida a la de Marañón en su defensa del liberalismo: *El liberalismo es una conducta y, como tal, no requiere profesiones de fe, sino ejercerla de un modo natural, sin exhibirla ni ostentarla. Se debe ser liberal sin darse cuenta, como se es limpio, o como, por instinto, nos resistimos a mentir.* Es decir, la sociedad demanda que la Academia sea *visible* cual icono mediático y que los académicos mantengan el impulso y la preeminencia social que tuvieron sus predecesores desde hace 3 siglos. Dicho a la pata llana, tendrían que ser capaces de construir el mismo cesto con mimbres diferentes.

No sería mal comienzo admitir que la Academia hoy, pese al esfuerzo de los académicos, se conoce y valora poco. (Olvidemos con benevolencia a quienes la descalifican por resentimiento). A lo sumo se acepta que algún académico, a título individual, brille con luz propia o desempeñe un papel protagónico en su entorno social y profesional (por ese orden). Sin embargo, ya se sabe que *una golondrina no hace verano*. Da igual, por tanto, que existan tales individualidades; al final, la Academia toda recibe el mazazo descalificador de vivir de espaldas a la sociedad.

Argumentar contra esta valoración resulta difícil. Una posibilidad es sostener que, en realidad, la sociedad mira a la Academia con alma miope. En consecuencia, para enfocarla bien se tiene que acercarse tanto que ve

magnificados sus defectos y, además, pierde la perspectiva sobre el conjunto. Reconozco, sin embargo, que es una justificación poco satisfactoria y obliga a su descarte.

Si la sociedad de la comunicación califica la Academia de poco presente, cuando no de ausente, es que algo se está haciendo mal en ese terreno. La tozudez de la realidad se acaba imponiendo y la mejor forma de superarla es asumir la existencia de ese aislamiento social. He comentado antes, dándolo por supuesto como el valor en el soldado, el esfuerzo de los académicos. Sin embargo, estos deberían preguntarse si lo consideran suficiente ¿Cuántos podríamos poner en nuestro epitafio lo mismo que el novelista Max Aub en el suyo?: *Hice lo que pude* ¿También hacemos lo que podemos en darnos a conocer socialmente?

Al final del bloque anterior comparaba el pretérito académico con la indispensable carrera del gimnasta. Ahora, cuando estoy abrochando su presente, no tengo otra metáfora mejor que compararlo con la crisálida de los gusanos de seda. Puede que no sean bellos, pero acumulan vitalidad y potencialidad suficientes como para efectuar la gran operación biológica que es una metamorfosis. Algunos verán en la Academia actual la poco vistosa oruga que se aísla del exterior replegándose en el capullo que construye. Son los mismos que ignoran que toda crisálida lleva en sí el afán futuro de una esplendente mariposa.

A nadie se le escapa que todo presente es futurizo, es decir, tiende al futuro, está proyectado a él, y el de esta Real Academia no iba a ser menos. Intentemos atisbarlo.

*¿Quod vitae sectabor iter?*

Esta pregunta se la hizo en el siglo IV el poeta Décimo Marco Ausonio, planteándose una cuestión que siglos después han estrujado metafísicamente más de uno de los grandes filósofos universales: *¿Quod vitae sectabor iter? ¿Qué camino de la vida seguiré?* Apliquemos la misma interrogante al futuro de la Academia.

Cualquier opinión sobre ese futuro incorpora lo antes referido, la necesidad de revitalización. Cierto, cierto. Así que la unanimidad sobre el asunto impide dejarlo insoluto. También son abundantes quienes sostienen que la revitalización debe hacerla como sea, por cualquier vía. Falso, falso. Tendrá que efectuarla desde su propia autenticidad histórica, siendo fiel a su situación actual y sin olvidar las peculiaridades que la hacen única.

En síntesis, la Academia tiene que navegar hacia su porvenir, de ahí su futuro obligado, del que no puede sustraerse. No es tan fácil como aparenta, porque los indicios que sugieren el camino a seguir, la derrota en su navegación, son eso, indicios. Por otro lado, ese futuro que le sobreviene inevitablemente le obliga a construirlo de una manera determinada. Quiero decir que no puede mimetizar a otras instituciones, porque de hacerlo perdería su sustancia.

¡Zas! saltó el cerrojo que bloqueaba la situación, descubriendo lo que parecía tan tapado. Desustanciación, esa es la raíz del problema buscada con tanto ahínco. He aquí la razón más profunda, la que explica el distanciamiento del binomio sociedad-Academia. Que ni pintiparada vendría ahora la pregunta que Shakespeare pone en boca del rey Lear, dirigida al conde de Kent: *¿En qué te ocupas?* y el aristócrata le responde: *Me ocupo en no ser menos de lo que parezco.*

En corto y por derecho: adaptar la Academia al tiempo presente, sí, despersonalizarla, ni soñarlo. El desleimiento es cosa de elementos solubles, no de esta Casa. De ahí lo dicho anteriormente, lo de acertar con la derrota. ¿Qué derrota? ¿Cuáles son las longitudes y latitudes que marcan el discurrir de la nave académica cuando aproa el futuro? Para el propósito de este discurso las longitudes podrían estar representadas por lo que la Academia *no es*, y las latitudes por lo que *es*. Fuera menester, por tanto, escudriñar qué incluye cada una de estas posibilidades.

Aclaro que referir en primer lugar lo que la Academia *no es* carece de connotaciones negativas. Algo diferente a la definición de salud por un pesimista: *Un estado transitorio que no conduce a nada bueno*. Bromas aparte, anteponer el *no es* viene a ser una artimaña de redacción para destacar aún más lo que la Academia *es*. En realidad ambos términos se ayudan y necesitan el uno al otro. De otra forma, que son recíprocos y

ninguno es inteligible más que referido al otro. Un ejemplo que facilite la comprensión: ¿Se puede entender la luz sin tener presente la oscuridad?

Parecería una obviedad, bordeando la osadía, recordar en este lugar y ante este auditorio lo que *no es* la Academia. Temo, sin embargo, que los tiempos que corren traen ráfagas de confusión capaces de hacer caer en error superlativo a los académicos que no sigan el consejo del conocido verso de Machado. Ya saben, ese de: *A distinguir me paro las voces de los ecos*. Por tanto los académicos deben abrir bien los ojos, escuchar con atención y aguzar su mente, para hurgar en el revoltijo de modas que les llegan y optar solo por las perdurables.

Con *espíritu burlón y alma quieta*, por aprovechar el rebufo machadiano, se puede empezar asegurando que la Academia, pese a la opinión de algunos, *no es* un centro geriátrico, ni un viejo ropón heredado con olor a naftalina. Mas si lo fuera sería una creencia fútil y no afectaría al meollo de la cuestión. Como se suele decir, los tiros van por otro lado.

¿Qué otras cosas, estas ciertamente importantes, *no son* la Academia de Medicina? Sin ánimo de escandalizar, y adelanto petición de disculpas si lo hago, esta Casa no es la Facultad de Medicina, el Colegio Oficial de Médicos, o la Consejería de Salud. Estas instituciones, ramas del mismo tronco que la Academia, han mantenido y mantienen cordialísimas relaciones y frecuentes colaboraciones con ella, pero cada una con su propia individualidad.

Hablaba antes de obviedad y, a bote pronto, parece de necios confundir la Academia con esas otras entidades de perfil tan diferente y con espacios de actuación tan nítidamente definidos. Pero ¿De veras tienen tan claras y evidentes las diferencias todos los académicos? ¿Y la recíproca se cumple? ¿No hay riesgo ninguno de mutua metastatización entre estas 4 instituciones, aunque se haga sin tal intencionalidad? No sé, no sé, carezco de dotes de arúspice, pero barrunto en el porvenir tendencias al desdibujamiento de los límites que marcan la independencia de cada una de ellas. En cualquier caso, para evitar sofocaciones inoportunas, reitero la endeblez de mis dotes para la profecía; más o menos son las de un meteorólogo haciendo la previsión de riesgo de lluvia un Martes Santo.

Corresponde ahora la otra cara de la moneda, es decir, enunciar lo que la Academia *es*. Lo primero que hay que señalar tiene naturaleza jurídica. ¿Qué *es* la Academia según la legalidad vigente? La Ley autonómica 16/2.007 de la Ciencia y el Conocimiento la califica como Agente del Sistema Andaluz del Conocimiento y le adjudica en el artículo 35 una finalidad fundamental.

En realidad, la aparentemente única finalidad engloba 2 misiones, una de tipo general y otra específica. La primera incluye *el fomento de la investigación, el desarrollo y la innovación*, lo que resulta materialmente imposible. ¿El motivo? Si se rasca un poco la superficie de la citada misión aparece la realidad: eso es *generar* conocimiento.

¿Puede la Academia con esa tarea? Pongamos un ejemplo que, para no entrar en jardines ajenos, se relaciona con el área en que me desenvuelvo profesionalmente. ¿Alguien en su sano juicio piensa que en esta, o en cualquier otra Academia de Medicina de las hermanas andaluzas se pueden investigar *los polimorfismos genéticos de las interleucinas 4 y 10 en la hepatotoxicidad por medicamentos?* (el ejemplo no es irreal, dicho estudio está publicado el año pasado en la revista *Hepatology*). Una buena faena taurina exige que el matador tenga las zapatillas bien firmes en el suelo del redondel y las Academias citadas también tienen que asentarse con firmeza en esa arena que es la realidad.

La segunda de las misiones legales atribuye específicamente a las Academias andaluzas *la promoción y la divulgación del conocimiento* en cualquiera de sus formas. Eso es harina de otro costal y, de hecho, para sorpresa de los que juzgan con liviandad, es la línea seguida por los Presidentes que la historia ha deparado a esta Casa. Aprovecho este momento para recordarlos con calidez, especialmente a los que la mayoría de los presentes hemos conocido y tratado: D. Gabriel Sánchez de la Cuesta, D. Juan Jiménez-Castellanos y D. Antonio González-Meneses. Volviendo a lo dicho al comienzo del párrafo, la Academia *siempre* ha promovido y divulgado el conocimiento.

Pero, además de las que marca la ley, existen otras funciones propias de la Academia. Una de ellas sería la *capacidad de reflexión*. Años atrás

definí a la Academia como el *Senado de los médicos de Sevilla*, y así lo expuse en las Memorias Académicas del año 2.001. Se entiende, la Academia debe ser lecho y cauce por donde discurre el análisis crítico y sin desmayo de los problemas médicos que preocupan a la sociedad sevillana.

Esta capacidad de reflexión, para definirla con propiedad, debe completarse con los adjetivos de serena y templada. Con sosiego, como gustaban escribir nuestros literatos del Siglo de Oro, evitando las dañinas piruetas intelectuales y los bruscos saltos del pensamiento. Como decía el economista Dupont de Nemours a finales del siglo XVII: *Rien par choc. Tout par ondulation*. Para entendernos, evolución en vez de revolución,

Otra cosa que la Academia *es*, o debería ser, puede sonar extraño: *una fábrica de ideas*. Entendiendo como fábrica la definición que recoge el DRAE en una sus últimas acepciones: invención de algo no material. Generar ideas es condición previa y necesaria para que cristalicen las acciones a desarrollar posteriormente. Si alguien lo duda cabe recurrir a la sabiduría oriental. En el antiquísimo libro indio de los Vedas puede leerse: *El hombre es sus ideas. La acción sigue dócil al pensamiento como la rueda del carro sigue a la pezuña del buey*. Aplicando el cuento a nuestro caso se puede sostener que el papel social de la Academia no es entendible si no atiende esa parcela. Aclarando, eso sí, que fabrique ideas propias, no importadas ni impuestas; que sean como brotes intelectuales nacidos del árbol formado por el conjunto de los académicos.

Por último, la Academia *es una concurrencia de espíritus libres*. Me apresuro a confirmar que he usado la expresión *espíritus libres*, por si alguno de los presentes ha interpretado *personas libres*. La distinción es importante porque la libertad personal puede ejercerse o no en función de las circunstancias. Sin embargo, el espíritu libre siempre está operante, indomeñable, por arrinconado que aparezca en el último recoveco del alma.

Así que, retomando el hilo, *concurrencia de espíritus libres*. Concurrencia expresa coincidencia, en este caso de los académicos, pero no supone necesariamente vínculo ideológico o intelectual alguno. Cada académico que se incorpora a esta Casa lo hace con su biografía a cuestas, por lo general honda, densa y extensa. Como confluyen desde orígenes múltiples (personales, profesionales y sociales) deberían estar vacunados frente a unanimidades, obediencias ciegas o *comulgar con ruedas de molino*. Cuando toma posesión de su plaza, el nuevo académico no se debe en teoría más que a sus convicciones.

Esa independencia personal no es óbice para que uno a uno todos se consideren integrados de forma irrenunciable en el conjunto de académicos, y con un destino compartido. Algo parecido a lo que pensaba Unamuno sobre el papel de la lengua común de los españoles: *Las creencias que nos consuelan, las esperanzas que nos empujan al porvenir, los empeños y los ensueños que nos mantienen en pie de marcha histórica a nuestro destino, hasta las discordancias que nos unen en íntima guerra*

*civil... todo lleva a un afán común.* Pensamiento que, aplicado a nuestro caso particular, se formularía así: *servir a la Academia.*

### **Dos comentarios a guisa de despedida**

El primero de tipo sexista, más exactamente feminista. Cuando nos referimos a ella coloquialmente todos decimos *la Academia*, subrayando sin percatarnos el artículo femenino que le precede; este hecho, aparentemente banal, puede tener más trascendencia que la gramatical. Quiero decir que quizá orienta sobre la manera que tiene la Academia de *estar en el mundo*, que puestos a analizar cuál deba ser su comportamiento público tendríamos que encontrar en ella las características más profundas de la feminidad: comedimiento en la postura, contención en los gestos, y sosiego en el quehacer cotidiano.

En cuanto al segundo comentario, confieso desconocer cuántos académicos pasados y presentes han leído y paladeado la frase que, a modo de divisa, campa en el escudo de la Academia. Me refiero a la existente bajo una paloma, representación del Espíritu Santo, que dice: *Emitte lucis tuae radios te duce salutem.* Permitan la traduzca: *Envíanos los rayos de tu luz para que, siendo tú el guía, busquemos la salud.*

Incluso para los no creyentes, pedir luz al Paráclito buscando la salud de los enfermos sigue siendo un objetivo vigente y valioso para los que nos sentimos médicos hasta los tuétanos. Hagamos posible que lo siga siendo en el futuro. He dicho